



Fig. n.º 40.- Balcells, José María (2017): *Nacido (s) para el luto. Miguel Hernández y los toros*, Jaén, Editorial Universidad de Jaén, 438 páginas.

Profesor en las Universidades de Barcelona y “Rovira Virgili” de Tarragona y actualmente catedrático de Literatura española en la Universidad de León, José María Balcells ha dedicado numerosos trabajos a analizar la compleja relación del gran poeta Miguel Hernández con el mundo de los toros. Ahora, tomando como base su libro titulado *Miguel Hernández: espejos americanos y poéticas taurinas*, publicado

en 2002, amplía y así completa el conjunto de sus textos dedicados a esta temática, de modo que resulta un libro nuevo, aunque beba de las aguas de otras empresas anteriores.

Dotados de una unidad evidente, cada uno de los capítulos de la obra se ocupa de una cuestión concreta, dejando al lector la tarea de modelar la sinfonía a partir de sus distintos movimientos. Y así, el primero de ellos es el proceso de formación de la afición a los toros en Miguel Hernández a partir de su misma infancia. Cosa que se hizo por varias vías que son analizadas por extenso: el ambiente taurino de la Orihuela de su tiempo, el ascendiente paterno que conllevó la probable asistencia de nuestro poeta a festejos taurinos desde sus primeros años, el impulso recibido de otros amigos con los que compartió el gusto por la fiesta y su plausible condición de aficionado práctico (como parece demostrar incluso la fotografía que ilustra la portada del libro). Finalmente esta frecuentación de los toros debió unirse a una afición paralela al flamenco, como se refleja en su conocida obra teatral *El torero más valiente* de 1934, por mucho que sea esta temática casi inédita o al menos muy poco tratada por los biógrafos del poeta.

Tres capítulos se dedican a la presencia del toro en su obra poética, principiando por los poemas insertos en su primeriza *Perito en lunas*. Vendrían después los dos poemas inspirados directamente por las corridas de toros en sí misma, a los cuales el autor dedica sendas exégesis: la *Elegía media del toro*, desplegada en una tirada de tercetos encadenados y que viene a ser un lamento por el sino trágico del astado, y la *CORRIDA-real* (con esa original grafía), que asegura que el sino del toro es caer muerto por la espada del matador, modo en que el animal es “fiel a su destino”. Finalmente, otras composiciones vienen a coincidir en el tema de la muerte del torero: el más conocido es el dedicado a la cogida y muerte de Ignacio Sánchez Mejías, pionera entre las de su género al ser

anterior a las más conocidas de Rafael Alberti y, sobre todo, de Federico García Lorca (que forman sumándolas un “trébol de elegías”), pero no hay que olvidar el poema consagrado a *La muerte de Joselito (romance de ciego)*, inserto en la ya citada obra *El torero más valiente*.

El quinto capítulo, bajo la rúbrica de “Tauromaquia teológica”, recorre las vinculaciones existentes entre la corrida de toros y la religión católica, aunque son muchos los aficionados que militan en las filas de los no creyentes y por tanto disfrutan de los toros negando toda connotación trascendente. Estas vinculaciones son por tanto muy discutibles, como demuestra la existencia de actitudes y opiniones muy enfrentadas, que van desde las que defienden el carácter eminentemente sacrificial de la corrida (con el toro como víctima propiciatoria y el torero como sacerdote que oficia la celebración) hasta las que unen la lidia con el catolicismo para configurar la imagen más negativa de España, como en el clásico poema de Antonio Machado: «La España de charanga y pandereta,/ cerrado y sacristía,/ devota de Frascuelo y de María», donde se unen en una misma descalificación la afición a los toros y la práctica religiosa como expresiones paradigmáticas de la España negra. Sin duda existe este vínculo entre la fiesta de los toros y las celebraciones católicas (sin llegar a la exageración de Antoinette Molinié-Bertrand en su estudio sobre el significado del Domingo de Resurrección), pero no lo veo nada claro en el caso de Miguel Hernández, cuyas alusiones en ese sentido nunca pasan de unas generalidades tópicas y faltas de entusiasmo, de inspiración. Desde luego, nada que permita llegar a hablar de la adhesión a una tauro-teología en el poeta de Orihuela.

El sexto capítulo es más aséptico y se consagra a las relaciones mantenidas por Miguel Hernández con José María Cossío. Partiendo de cierta predisposición de parte del poeta (patente en la *Misión Pedagógica al Campo de Salamanca* en

1935 y del contenido de lo poquísimo que se conserva del proyecto de la que iba a ser su segunda pieza teatral, *Juan de Oro*, el texto se concentra en la colaboración de Miguel Hernández en la redacción de la gran enciclopedia *Los Toros*, obra a la que contribuyó al menos con tres biografías de toreros (*Espartero*, *Tragabuches* y Antonio Reverte) y muy probablemente con una cuarta dedicada a *Lagartijo*. Como apéndice se añade la anécdota de la respuesta dada a José María Cossío por Miguel Hernández, encerrado en las cárceles franquistas, negándose a aceptar el ofrecimiento de liberación que se le hacía, pues conllevaba la renuncia a sus arraigadas convicciones antifascistas.

El capítulo epigrafiado como “El toro erótico” presenta el análisis de las circunstancias y el contenido de algunos de sus poemas más celebrados, en que el toro aparece dotado de profundas significaciones eróticas. Esas connotaciones están ya presentes en *Perito en lunas* y en *El silbo vulnerado*, pero se hacen aún más explícitas y emotivas en algunos de sus poemas más logrados, inscritos en su poemario fundamental *El rayo que no cesa*: son los muy conocidos “Barro me llamo aunque Miguel me llame” y “Como el toro he nacido para el luto”, que por cierto da título al libro aquí reseñado. Poemas en los que se ha discutido la inspiración respectiva de tres mujeres influyentes en la vida del poeta, Josefina Manresa, Maruja Mallo y María Cegarra, entre las cuales el autor del libro se decanta por la segunda de ellas, aunque sin declarar una certeza absoluta.

Durante la guerra civil, en un ambiente decididamente muy poco propicio a la fiesta de toros, el autor nos narra algunos episodios igualmente poco conocidos, sobre los que aporta numerosos datos bien fundamentados. Primero es la amistad mantenida con el poeta Antonio Aparicio. Después, la presencia del poeta en Jaén, “tierra de toros”, que le inspira la conocida

sentencia “nacido junto al toro libre”. A continuación, la amistad mantenida, en Jaén y en Castuera, con el sevillano Andrés Martínez de León, el famoso humorista gráfico y crítico taurino *Oselito*, que más de una vez hizo reír al poeta oriolano. Muy interesante resulta la estrecha relación con el banderillero Manuel Vilches *Parrita*, con el que compartía la afición a los toros y la afiliación al Partido Comunista de España. Finalmente, una anécdota: Miguel Hernández fue al cine en Alicante, o quizás en Valencia, a ver el *Currito de la Cruz* dirigido en 1936 por Fernando Delgado.

Finalmente, volvemos a una temática conceptual. Durante los años de la guerra, en particular en su poemario *Vientos del pueblo*, el poeta de Orihuela vuelve a utilizar al toro como metáfora. Ahora el toro ha dejado de ser un símbolo erótico para convertirse, en la composición *Nacimiento de España* (olvidada entonces y publicada por primera vez sólo en 1990), en un tótem, cuando la España republicana, frente al buey sometido, se identifica con el toro y con el sol: «Los bueyes mueren vestidos/ de humildad y olor de cuadra:/ las águilas, los leones y los toros de arrogancia,/ y detrás de ellos, el cielo/ ni se enturbia ni se acaba». Era el fin, aunque la afición a los toros no parece hacer abandonado al poeta ni en los peores momentos de la derrota y la cárcel, pues, como señalaba un testigo que le vio en la prisión provincial de Torrijos: «Hay otra cosa con la que nos metíamos mucho con él, porque de todos los que éramos, a él era al único que le gustaban los toros. Con eso nos metíamos una barbaridad con él. Le gustaban mucho los toros. Para él el toro como animal le gustaba una barbaridad y la cosa de la corrida también era un enamorado. Pero no había ningún problema porque encajaba muy bien las bromas».

Y así, no sin antes ofrecernos un extenso repertorio bibliográfico para justificar cada una de sus afirmaciones, concluye José María Balcells su atractivo, ambicioso y riguroso ensayo,

donde demuestra a lo largo de sus más de cuatrocientas páginas que el entusiasmo por los toros es capaz de superar las barreras que se suponen insalvables, pues pudo ser patrimonio de un poeta ateo, republicano y comunista como lo fue el gran Miguel Hernández.

Carlos Martínez Shaw
Fundación de Estudios Taurinos

